



## CAPITULO III

Inconvenientes de la vida de salón.—Es artificial y árida.—Regreso á la naturaleza y al sentimiento.—Carácter final que termina la fisonomía del siglo, la sensibilidad de salón.—Fecha de su advenimiento.—Sus síntomas en el arte y la literatura.—Su ascendente en la vida privada.—Sus pretensiones.—Su sinceridad.—Su delicadeza.—Insuficiencia del carácter así formado.—Amoldado á una situación no está ya preparado para la contraria.—Vacíos en la inteligencia.—Vacíos en la voluntad.—Este carácter queda desarmado por la cortesía.

### I

**Q**ON el tiempo, el simple placer deja de gustar y por grata que sea la vida de salón, acaba por parecer vacía. Falta alguna cosa sin que todavía pueda decirse lo que sea de una manera clara; el alma está inquieta, y poco á poco, con auxilio de los escritores y de los artistas va á distinguir la causa de su malestar y el objeto de su secreto deseo. Artificial y árido, hé aquí los dos caracteres del mundo, tanto más marcados cuanto él es más perfecto, y llevados en el que nos ocupa, hasta el extremo, puesto que llegó á un refinamiento absoluto. En primer lugar, la naturalidad está excluída de él; todo es artificial, todo está prevenido, el ornato, el traje, la actitud, el tono de voz, las palabras, las ideas y hasta los sentimientos. «La rareza de un sentimiento verdadero es tal, decía M. de V., que cuando vuelvo de Versalles, me detengo á veces en las calles para mirar como un perro roe un hueso.» Habiéndose entregado el hombre al mundo enteramente, no había conservado para sí ninguna parte de su persona, y las conveniencias como otras tantas enredaderas habían enlazado toda la sustancia de su sér y todos los detalles de su acción. «Había entonces, dice una persona que recibió esta educación, una manera de andar, de

sentarse, de saludar, de quitarse los guantes, de manejar el tenedor, de entregar los objetos, en fin, una mímica completa que tenía que enseñarse á los niños desde muy temprana edad, para que se convirtiera para ellos y á fuerza de hábito en una segunda naturaleza, y estas maneras convencionales eran la vida de los hombres y de las mujeres de la buena sociedad antigua, un artículo de tan alta importancia, que los actores apenas pueden hoy darnos idea de ella á pesar de todos sus estudios.» La misma persona á que nos hemos referido y que es Jorge Sand, dice también (V. 59). «Todo se me reprendía, y no hacía un solo movimiento que no fuese censurado.» Y no solamente era ficticio el exterior sino el interior; había una manera obligada de sentir, de pensar, de vivir y de morir. Imposible era hablar á un hombre sin ponerse á sus órdenes, ni á una mujer sin ponerse á sus piés. El buen tono había reglamentado previamente todos los modos de conducirse grandes y pequeños, el modo de declararse á una dama y de romper con ella, de empeñar y llevar á cabo un duelo, de tratar á un igual, á un inferior ó á un superior. Si se faltaba á ese código universal del uso, de cualquier modo que fuese, se era «un tipo.» Hubo hombre de corazón y de talen-



to, de Argenson, á quien se llamó «la bestia,» porque su originalidad excedía del límite convenido. «Esto no tiene nombre, esto no se parece á nada,» tal es el mayor vituperio. En el comportamiento lo mismo que en literatura todo lo que se aparta de un determinado modelo se rechaza. El número de los actos permitidos se restringió como el número de las palabras autorizadas. El mismo gusto depurado empobreció la iniciativa al mismo tiempo que el idioma y se obra como se escribe, según las formas aprendidas en una esfera limitada. En manera alguna es de recibo lo excéntrico, lo imprevisto, el vivo arranque de la espontaneidad. De un gran número de ejemplos que pudiera citar, elijo el más insignificante, pues, que se reduce á un simple gesto, por él puede juzgarse de lo demás. La señorita de... merced al crédito de su familia, alcanzó una pensión para Marcel, célebre maestro de baile; se dirige gozosa á casa de éste y le entrega el decreto. Marcel lo toma y lo tira: «¿Es así, señorita, como os he enseñado á entregar los objetos? Recoged ese papel y entregádmelo como se debe.» Recógelo ella y se lo presenta con todas las formas requeridas. «Está bien, señorita, dice Marcel, lo admito aunque vuestro codo no se haya doblado lo bastante, y os doy las gracias.» Este ejemplo puede verse en *París, Versalles y las provincias*, I, 162; así como en el *Gobierno de Normandía*, de Hippeau IV, 237, puede verse el siguiente: «El rey de Suecia está aquí, lleva rosetas en sus pantalones, está dicho todo: es un hombre ridículo y un rey de provincia.» Tantos cumplidos acaban por aburrir; después de comer durante cuatro años de una sabia cocina, se pide leche y pan bazo.

De todas estas salsas mundanas hay una sobre todas de que se abusa y que incesantemente empleada comunica á todos los platos su sabor frío y picante; me refiero al chiste. El mundo no sufre la pasión; y en eso está en su derecho. No se está en sociedad para mostrarse vehemente ó sombrío; un aire concentrado ó serio no armonizaría. La dueña de la casa tiene siempre el derecho de decir al hombre, cuya emoción contenida reduce al silencio: «Señor fulano, hoy no estáis amable.» Necesario es, pues, serlo siempre y con semejante manera de conducirse, la sensibilidad dispersada en mil pequeños canales no puede formar ya una gran corriente. Como dice el relato de un señor inglés, que puede leerse en la *Roma, Nápoles y Florencia* de la señora Stendhal: «Se tienen cien amigos, y entre ellos, cada día hay dos ó tres que sienten una profunda tristeza; pero no puede uno dedicar mucho

tiempo á enternecerse por ellos porque entonces se faltaría á las atenciones debidas á los noventa y siete restantes;» se echaba algún suspiro con alguno de esos noventa y siete y nada más. La señora de Delfant, que había perdido á su amigo más antiguo, el presidente Hénault, iba á cenar el mismo día de su muerte, en reunión. «¡Ay! decía, murió á las seis de esta tarde, sin eso no me verías aquí.» Bajo ese régimen continuo de distracciones y diversiones, no existen ya los sentimientos profundos, no los hay sino superficiales; el mismo amor se reduce «al cambio de dos caprichos.» Y como siempre se cae del lado á que se inclina, la inconstancia se convierte en una cosa elegante, en una cosa resuelta; y así se desprende de *Le petit maître corrigé*, de Marivaux, de *Le Mechant*, de Gresset, de *La nuit et le moment*, de Crebillon, hijo, y de otras muchas producciones de aquella época. Está de moda la indiferencia del corazón, se sentiría uno avergonzado de experimentar una emoción verdadera. Se jacta uno de jugar con el amor, de tratar á una mujer como una muñeca automática, de tocar en ella un resorte y luégo otro, para hacer brotar á capricho la ternura ó la cólera. Haga ella lo que haga, jamás se despoja uno para con la misma de la política más insultante, y la misma exageración de los falsos respetos que se la prodigan, es una ironía con la cual se acaba de demostrarle su despego. Se va aún más allá, y en las almas esencialmente áridas, la galantería degenera en maldad. Por fastidio ó por necesidad de excitación, por vanidad y para probar su destreza, se goza en atormentar, en hacer llorar, en deshonorar y matar á fuego lento. Al fin, como el amor propio es un abismo sin fondo, no hay «atrocidad» de que no se crean capaces esos finos verdugos, y los personajes de Laclos, tienen al fin su original; y en tanto es así, que la señora Merteuil, de *Les liaisons dangereuses*, de Laclos, es la copia de una marquesa de Grenoble (1). Verdad es, que éstos monstruos son raros, pero tampoco hay necesidad de acudir á ellos para conocer lo que la galantería del mundo encierra de egoísta. Las mujeres que la erigieron en un deber son las primeras en experimentar su falsedad y en echar de menos entre tanto glacial homenaje el comunicativo calor de un sentimiento firme. El carácter del siglo recibe entonces su último trazo, y «el hombre sensible» hace su aparición.

(1) Nótese las diferencias entre Lovelace y Valmont, uno de los cuales es arrastrado por el orgullo, al pas que el otro no tiene más que vanidad.

## II

Esto no quiere decir que el fondo de las costumbres varie; estas continúan hasta el fin, tan mundanas y tan disipadas como antes. Pero la moda autoriza una nueva apariencia, efusiones, desvaríos, enternecimientos que no se habían conocido aún. Se trata de volver á la Naturaleza, de admirar la campiña, de apreciar la sencillez de las costumbres rústicas, de interesarse por los villanos, de ser humano, de tener corazón, de gustar la dulzura y la ternura de los afectos naturales, de ser esposo y padre, y mucho más aún, de tener un alma, virtudes y emociones religiosas, de creer en la providencia y en la inmortalidad, de ser capaces de entusiasmo. Se quiere ser así, ó por lo menos se tiene la voluntad imperfecta de ser así. De todos modos, si tal se quiere es con el bien entendido de que uno no se apartará mucho de sus costumbres ordinarias, y que las sensaciones de esta nueva vida, nada le quitarán á los goces de la antigua. Así la exaltación que empieza, casi no será más que una ebullición del cerebro y casi todo el idilio se desenvolverá en los salones. Hé aquí, pues, á la literatura, el teatro, la pintura y todas las artes, que entran por el camino sentimental para procurar á la imaginación exaltada un pasto ficticio. El advenimiento de la sensibilidad está determinado por las siguientes fechas: Rousseau (1), predica en limados períodos, el encanto de la vida silvestre, y los señoritos, entre dos madrigales, sueñan en la dicha de acostarse en el bosque virgen. Los aficionados de *La nueva Eloisa*, recitanse trozos de estilo de sus cuartros volúmenes, y acerca de ellos, una persona «no sólo mesurada sino muy mirada,» la condesa de Blot, exclama en una reunión habida en casa la duquesa de Chartres: «que á menos de una extremada virtud, ninguna mujer verdaderamente sensible hubiera podido negarle nada á la pasión de Rousseau.» Así se desprende de las *Mémoires* de la señora Genlis, y en Jorge Sand I, 72, puede leerse que la joven señora de Francueil se deshizo en llanto al ver por vez primera á Rousseau. Ahóganse en el salón al redor de *La novia de Aldea*, *El cántaro roto*, *Vuelta de nodriza* y otros idilios rústicos y domésticos de Greuze; la punta de voluptuosidad, el dejo de pro-

(1) De la influencia de las letras y de las artes, 1749. De la desigualdad, 1753. Nueva Eloisa, 1759. El padre de familia leyendo la Biblia, 1755. Greuze. La novia de aldea, 1761. El hijo natural, Diderot, 1757. El padre de familia, 1758.

vocadora sensualidad que deja percibir en el frágil candor de sus ingenuas, es una exquisidad para los apetitos libertinos que subsisten bajo las aspiraciones morales; hecho que ha sido desarrollado tan delicada como exactamente por los señores Goncourt en *El arte en el siglo décimo octavo*, I, 433-438. Después de los anteriores, Ducis, Thomas, Parny, Colardeau Roucher, Delille, Bernardino de Saint-Pierre, Marmotel, Florian, todo el ejército de oradores, escritores y políticos, el misántropo Champfort, el razonador Laharpe, el ministro Necker, los autores de pequeños poemas, los imitadores de Gessner y de Young, los Berquin, los Bitaubé, todos bien peinados, bien emperifollados, con el pañuelo bordado en las manos para enjugar sus lágrimas, van á llevar la égloga universal hasta lo más fuerte de la Revolución. Al frente del *Mercurio* de 1791 y 1792 se leen *cuentos morales* de Marmontel, y el número que sigue á las matanzas de Setiembre empieza con versos dedicados «á los manes de mi canario;» y para convencerse de ello, basta leer en el número de Agosto del expresado año de 1792 «los rivales de sí mismos» y otros escritos insertos en aquel periódico hacia la misma época, tales como el *Poeta federativo entre el himeneo y el amor*, *El celoso*, *Novela pastoril*, *De la anacrónica á la señorita S. D.*, etc.

Como consecuencia de ello, la sensibilidad ostenta su énfasis en todos los detalles de la vida privada. Se levanta en el parque un pequeño templo á la Amistad, se arregla en el gabinete un altar á la Beneficencia. Se llevan trajes á lo Juan Jacobo Rousseau «análogos á los principios de este autor.» Se eligen para tocado, «pufos á lo sentimental» en los que se prende el retrato de la hija de la madre, del canario ó del perro, y todo ello «adornado con pelo del padre ó de un amigo de corazón;» y en tanto es así, que Goncourt en su página 311 describe el pufito á lo sentimental de la duquesa de Chartres, de la siguiente manera: «Hay en el fondo una mujer sentada en una butaca y sosteniendo un niño de teta, lo cual representa al señor duque de Valois y su nodriza, á la derecha se ve un papagayo picoteando una cereza, y á la izquierda un negrito, que son los dos animales predilectos de la duquesa: el conjunto está entremezclado con pelo de todos los parientes de la señora de Chartres, pelo de su marido, de su padre, de su abuelo,» etc. Se tienen amigas del alma por quienes «se experimenta algo tan intenso y tan tierno que verdaderamente no puede ser más que una pasión» y las cuales no puede dejarse de ver por lo menos tres veces al día. «Cuántas veces dos